

Artículo redactado en el marco del convenio de otorgamiento de beca de posgrado celebrado con la becaria Traductora Pública Maitén Vargas

# Nuevas Tecnologías de la Traducción, el posgrado que vino a saldar una deuda

**Actualización en Nuevas Tecnologías de la Traducción es el nombre de un esperado posgrado de la Universidad de Buenos Aires. Se trata de una propuesta innovadora y complementaria, sumamente necesaria, que implica a la informática y sus aplicaciones dentro de la formación del traductor profesional. El objetivo es acortar la brecha entre el mundo académico y profesional, y así estar a la altura de la actualidad tecnológica del mundo entero.**

.....  
| Por la Traductora Pública Maitén Vargas



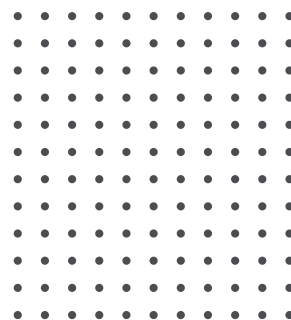
Que la tecnología ha permeado todas las áreas de nuestras vidas no es una novedad. Que todavía no sabemos qué alcance tendrá su impacto en muchas profesiones es una certeza, aunque en nuestro campo ya vimos cambios radicales en la forma de trabajo en los últimos veinte años. Que todavía las carreras de grado en traducción (al menos en las instituciones que históricamente impartieron estos programas) en la Argentina no hayan terminado de incorporar tecnologías aplicadas a la traducción es algo que todavía me sorprende, aunque encuentre fácilmente las razones detrás de ese desfase entre las competencias que se enseñan y las que también se necesitan en el ejercicio de la profesión.

En este artículo, intentaré contarles por qué creo que la Actualización en Nuevas Tecnologías de la Traducción de la Universidad de Buenos Aires es una propuesta de formación innovadora y complementaria en nuestro país, y sumamente necesaria si queremos dejar de vivir la informática y sus aplicaciones como un futuro lejano, alejado de las aulas y que nos es ajeno, y acortar la brecha entre el mundo académico y profesional para estar a la altura del «presente tecnológico» de otros países.



Estudié en la Universidad Nacional de Córdoba entre los años 2005 y 2010 y después varios años más repartidos entre la ESIT (París), el Instituto Juan Ramón Fernández (Buenos Aires) y el Instituto Pedro Goyena (Bahía Blanca), como becaria, adscripta y docente. En todas estas casas de estudio, circula con frecuencia la idea de que la tecnología ha revolucionado nuestra profesión y, por tanto, las destrezas relativas a ella, agrupadas dentro de lo que se conoce como «subcompetencia profesional», son fundamentales en la formación de traductores empoderados y autónomos. Ya lo dijeron Kiraly, Kelly y Pym, cada uno a su manera, entre muchos otros académicos, en los años noventa. A juzgar por la cantidad de años que pasaron y por el uso diario de internet, aplicaciones y dispositivos en nuestras vidas, la tecnología dejó de ser un factor disruptivo en el futuro para ser una realidad muy presente, también en nuestra labor, y comenzó a plantear desafíos y nuevas posibilidades de funciones y tareas. Sin embargo, todavía su enseñanza de forma articulada y profunda se sigue posponiendo en los planes de estudios actuales, al menos en las instituciones con más trayectoria en programas de traducción.

Es cierto que en los últimos años los planes de estudios de las universidades y los tercios públicos (no cuento con datos certeros de instituciones privadas, pero intuyo que la situación es bastante similar) comenzaron a incorporar componentes de informática general y aplicada a la traducción. No obstante, en la mayoría de los casos, todavía la carga horaria sigue siendo baja, casi no contemplan cuestiones que hoy ya son básicas (revisión, subtitulado, edición de imágenes) y carecen de contenidos más avanzados (maquetación, gestión de proyectos, localización) si se compara con la oferta académica de grado y posgrado en España (véase el estudio preliminar de Bianchini de 2018, de la Universidad Nacional del Comahue). Sabemos y hablamos de la importancia de formarse en contextos que se asemejen a la realidad profesional y como respuesta a las demandas del mercado laboral, pero la tecnología está rezagada en la oferta académica, en gran medida, porque los cambios de planes llevan mucho tiempo de consenso y diseño, y otro tanto de voluntad (también política) y partida presupuestaria. En este contexto, el posgrado de Nuevas Tecnologías vino a suplir esta carencia formativa con un programa muy completo y actualizado y un plantel que incluye a algunos de los principales referentes en la materia, de la Argentina y España.



Artículo redactado en el marco del convenio de otorgamiento de beca de posgrado celebrado con la becaria Traductora Pública Maitén Vargas

### ¿Y por casa cómo andamos? Un poco de *mea culpa*

Como imaginarán, mi contacto con la tecnología en la universidad fue casi nulo: tuve apenas tres materias que incluían herramientas de traducción asistida en sus ejercicios y algo de informática general. Lo demás tuve que aprenderlo sola. Sobreviví en el mundo laboral gracias a un curso del prehistórico Trados 7 y a la gentileza de colegas que, en algún momento de mi trayectoria, me ayudaron a migrar a Studio 2009. Después, surfeé el resto de las actualizaciones de SDL y la aparición de muchos otros programas de traducción asistida y de control de calidad, dedicando horas a tutoriales, guías que me facilitaron algunos clientes y, sobre todo, a base de prueba y error. El aprendizaje autónomo no es una función integrada que traemos todos los traductores independientes. Lleva tiempo y constancia, en el medio de todo lo demás que hacemos solos y en el apuro de algunos encargos.

En definitiva, hasta 2017, manejaba herramientas de traducción asistida, algunas con más maestría que otras, pero no era del todo autónoma para resolver problemas cada vez más frecuentes para los que no estaba preparada. No hablo solo de maquetación y diseño, sino de cuestiones más básicas, como entender el funcionamiento de mi computadora y ocuparme de su mantenimiento. Además, había comenzado a formar a futuros traductores y sentía una responsabilidad muy grande de predicar con el ejemplo, aparte de ganas de seguir aprendiendo y compartiendo espacios académicos con otros. Así fue como me sumé a la segunda cohorte de este posgrado gracias a una beca del Colegio y tuve al fin en un solo lugar muchas respuestas y soluciones a mis inquietudes tecnológicas.

### Detrás de todo solo hay profesionales capacitados y entusiastas

En un artículo del número 138 de esta revista, la Traductora Pública Yessica Cernus, alumna de la primera cohorte, describió exhaustivamente las materias y los contenidos del posgrado, así que, cuando me encomendaron que escribiera sobre mi experiencia, tuve que pensar qué podía contar que ya no se hubiera dicho. Como docente de traducción, me interesa y valoro los procesos, y detrás de todo programa, además de decisiones institucionales, hay personas que detectaron una necesidad porque la vivieron, pensaron cómo satisfacerla, se formaron y decidieron compartir lo que sabían. Por eso, creo que el plantel docente no es un detalle menor a la hora de recomendar este programa y hablar de sus cualidades.

No me alcanzarían los caracteres que me asignaron para esta nota si tuviera que presentarlos como corresponde, pero la mayoría de los docentes pertenecen a una camada de jóvenes profesionales que se formaron en el país y en el exterior y desde hace alrededor de una década se dedican a la divulgación, enseñanza y práctica de la traducción audiovisual, localización e informática aplicada, y a establecer lazos con universidades y organizaciones extranjeras. Hablo de Damián Santilli, Gabriel Fuentes, Mariana Costa y Matías Desalvo, todos, además, matriculados del Colegio, quienes hasta hace poco también coordinaban diferentes comisiones y participaban activamente en ellas. Completan el equipo Gabriela Scandura, tal vez la persona con más experiencia y diplomas en subtítulo y doblaje en el país, y Rafael López Sánchez, experto no solo en localización y subtítulo, sino también en diseño, y cocreador de la plataforma de enseñanza en línea Traduversia.



Como ya dije, tuve la suerte de pasar por distintas instituciones de enseñanza y he visto la distancia que hay entre lo que algunos docentes predicán o exigen en clase y lo que pasa en la tarea diaria, fuera del aula; en muchos casos, porque esos formadores no ejercen la profesión. Viví experiencias con profesores que entienden la docencia con soberbia o mediocridad, o ambas, y también compartí espacios curriculares con personas muy capacitadas y tremendamente motivadoras, curiosas y creativas a la hora de compartir lo que saben. La diferencia entre esos dos tipos de docentes y lo que uno se lleva de cada una de esas vivencias es abismal. Hago hincapié en esto porque en instancias de formación superior como esta, después de cierto recorrido, lo que menos queremos es sentirnos subestimados o estafados. En este sentido, el cuerpo docente siempre nos trató a mí y a mis compañeros como pares, desde un lugar muy generoso y humilde, en el que intercambiamos experiencias que nos enriquecieron a todos. Hubo mucho entusiasmo de su parte por responder consultas personales concretas, ayudarnos con trabajos que teníamos en ese momento y descubrirnos las últimas novedades en cada una de sus áreas de *expertise*.

En cuanto a las materias y el contenido, creo que lo novedoso del posgrado, además de ser el único oficial en su tipo en la Argentina, es que, por un lado, es una introducción muy completa a la teoría y práctica de la traducción audiovisual y localización, algo que antes solo podíamos conocer a través de meros cursos aislados. Por otro lado, prepara a los estudiantes para roles también muy demandados y complementarios de nuestra labor, como la gestión de proyectos, la maquetación y el diseño gráfico. Además, el programa está pensado como el primer año de una maestría que durará dos, cuya aprobación está en trámite en la Facultad de Derecho, pero que, cuando se estrene, será todavía más interesante.

### **El futuro ya no es una promesa y está más cerca de lo que imaginamos**

Escribo este artículo el primer año que el posgrado no se dicta desde su creación, por falta de alumnos. Lo lamento porque es un espacio que jerarquiza nuestra labor y tiene un impacto colectivo, que permite desde una institución tan importante como la Universidad de Buenos Aires demostrar que podemos recibir y ofrecer una formación a la altura de otras plazas en el exterior. En un año de crisis, no sorprende, ya que el posgrado no es de los más económicos, pero tampoco inaccesible. Como siempre digo a propósito de la formación continua, es una inversión de dinero y tiempo y, por eso, tenemos que pensar bien a la hora de elegir. Me pregunto todavía cómo puede ser que no haya más gente que opte por este posgrado y sí por otros más teóricos y con contenidos que se repiten.

Como dije en otros artículos, estas instancias siguen siendo un lugar para crecimiento y desarrollo profesional y personal. Salir de la burbuja de casa para encontrarse con colegas, compartir experiencias, establecer redes de trabajo y consulta, a veces, da pereza, pero termina siendo muy provechoso en tanto genera sentido de pertenencia y espacios de contención. Dan más ganas de participar en ellas cuando lo que aprendemos es novedoso y útil. Son buenas para la autoestima y para validar las competencias profesionales porque nos permiten ver que, en algún punto, a todos nos pasan cosas similares, más allá de los años de experiencia y los galardones que nos separan. La deuda de una formación más tecnológica comenzó a saldarse. No es una promesa lejana ni en tiempo ni en espacio. Está disponible ahora, en Buenos Aires. Los invito a que se acerquen a la próxima convocatoria de este programa y le «den F5» a su formación. ■

